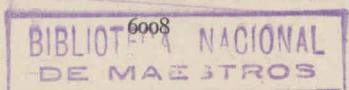


VISTAS PINTORESCAS DE MÉXICO



EL CANAL DE XOCHIMILCO.—MÉXICO PANORAMICA.—BOSQUE DE CHAPULTEPEC, LAGO



LAS OPOSICIONES FUNDAMENTALES Y LA UNIDAD ESENCIAL DE LA REPUBLICA MEXICANA

Los contrastes entre las dimensiones y las formas exteriores de las diversas partes del territorio mexicano comparadas unas con otras y con las del resto de la América del Norte

EL excelente geógrafo austriaco, Eduardo Suess, cuya grande obra, «La Faz de la Tierra», es el monumento más admirable de cuantos se han erigido para atestiguar la ciencia que la humanidad tiene de nuestro planeta considerado en su conjunto, principia su libro imaginando que nos fuera dable contemplar la Tierra situados a una inmensa distancia de ella.

«Si un observador, dice, desde el seno del espacio celeste, pudiera, acercándose a nuestro planeta, apartar las bandas de nubes de un color bruno rojizo, que obscurecen nuestra atmósfera, y contemplar la superficie del globo, tal como que tendría que presentarse a él, en el curso de una rotación diurna, el rasgo que impresionaría más sus miradas, sería el estrechamiento progresivo de los continentes hacia el Sur».

Si así viéramos nosotros, como el observador que Suess supone, el territorio norte americano, la misma observación que Suess, siguiendo a Ritter y a Humboldt, ha hecho en cuanto a todos los continentes, pudiera repetirse especialmente por lo que a México se refiere. En la América del Norte en efecto, y en particular en México, la mirada menos perspicaz descubre, apenas examina en una carta su aspecto general, que el continente, que poco a poco se afila hacia el Sur, se estrecha bruscamente al pasar de los Estados Unidos al territorio de la República Mexicana.

I.—LA «ANCHURA» DE LA PARTE PRINCIPAL DE LA AMÉRICA DEL NORTE, COMPARADA CON LA DE LA REPÚBLICA MEXICANA

Adviértese esto apenas se examina una carta que la América del Norte presente: desde el Cabo del Príncipe de Gales, punta extrema del continente, sobre el estrecho de Behring en el Oeste, hacia los 168 grados de longitud occidental de Greenwich, hasta el Cabo Charles, donde concluye la península del Labrador, en el Oriente, a los 55 grados 40 minutos, extiéndese la América del Norte abrazando aproximadamente 113 grados de oriente a poniente. En la parte media de los Estados Unidos, desde el Cabo Mendocino, en la Alta California, a los 124 grados 22 minutos, hasta el Cabo Hátteras en la Carolina del Norte, donde llega a los 72 grados 32 minutos, ya no media más que la distancia de unos 52 grados, o lo que es igual, poco menos de la mitad de la que hay del Cabo del Príncipe de Gales al Cabo Charles. Todavía desde San Diego en los bordes de México con los Estados Unidos sobre el Océano Pacífico, a los 117 grados 8 minutos de longitud occidental de Greenwich, hasta Charleston, en la Carolina del Sur, frente al Atlántico, a los 79 grados 52 minutos, median 37 grados; pero al llegar a la pirámide de mármol que, encerrada en una reja de fuertes y encorvados hierros, marca el término de la línea divisoria entre México y los Estados Unidos Mexicanos, ante el Océano Pacífico, pasa el meridiano 117 grados 7 minutos 31 segundos y 89 centésimos, en tanto que, por la pequeña población de Bagdad, a la margen derecha de la desembocadura del río Bravo del Norte, en el Golfo de México, en un punto casi terminal de la costa mexicana, cruza el meridiano

El Libro de la América Latina

97 grados nueve y medio minutos, de modo que entre ambos extremos, Noroeste y Noreste de México, no hay ya más, que menos de 20 grados de longitud, o lo que es lo mismo: ni dos quintos de la distancia que separa el Cabo Mendocino del Cabo Hatteras; apenas quinto y medio de lo que hay entre el Cabo del Príncipe de Gales y el Cabo Charles, y poco más de la mitad de la que media entre San Diego y Charleston, por más que San Diego esté tocando casi a la pequeña pirámide que marca por el Noreste el principio de nuestra frontera, ya que San Diego está sobre el paralelo 32 grados 47 minutos de latitud Norte y que dicha pequeña pirámide se encuentra sobre el paralelo 32 grados 32 minutos 1 segundo y 34 centésimos, es decir, solamente a unos quince minutos de distancia de San Diego.

Por eso puede afirmarse que los istmos americanos principian en la América del Norte, justamente en el territorio de la República Mexicana, y esto justifica que notables geógrafos, sobre todo alemanes, consideran a México como formando parte de la América Central.

II.—EL CONTRASTE NO RADICAL SINO PROGRESIVO ENTRE LA PARTE DEL NORTE Y LA PROPIAMENTE ISTMICA DEL TERRITORIO MEXICANO

El estrechamiento iniciado hacia la desembocadura del río Bravo se acentúa hacia el Sur, todavía más rápidamente, y llega, en fin, a abrazar solo un grado y poco más de 44 minutos en el istmo de Tehuantepec, entre Puerto México, hacia 18 grados 10 minutos de latitud Norte, y el fondo de la Laguna Superior, cerca de Chicapa, hacia los 16 grados 26 minutos, de suerte que así se reduce a menos de la cincuentava parte de lo que era en el Norte de la América, a menos de la veinticincoava parte de lo que fué en la parte media de los Estados Unidos, y a menos también de la undécima parte de lo que es en el Septentrión de México.

III.—EL CONTRASTE EN DIMENSIONES EXTERNAS ENTRE LAS REGIONES ISTMICAS, LAS DEL PROCURRENTE YUCATECO Y LAS DEL TRONCO PRINCIPAL DE LAS TIERRAS MEXICANAS

Desde allí, no obstante, los caracteres de este aguzamiento cesan: principia entonces un ensanchamiento nuevo del territorio que se dilata hacia el este para formar el procurrente yucateco; pero luego el desarrollo del conjunto del continente vuelve a estirarse hacia el Sur y de nuevo se produce otra estrangulación, de modo que al fin, en los límites australes de la tierra mexicana, entre la desembocadura del río Suchiate, en el Océano Pacífico, hacia los 91 grados 43 y $\frac{1}{2}$ minutos, y el fondo del Golfo de Amatique, perteneciente al Golfo de Honduras, sobre el Mar de las Antillas, en los 84 grados y casi veinticuatro minutos al Oeste de Greenwich, vuelve otra vez el continente a ser istmico y no alcanza ya más que unos dos grados y diecinueve minutos de anchura.

Este primer rasgo distintivo del territorio mexicano tiene una importancia considerable para la historia del país: por abrirse hacia el Norte y estrecharse hacia el Sur, es natural que sea hacia el Sur, y no hacia el Norte donde naturalmente la población se condense en aglomeraciones notables; y así es en efecto, aunque no con mayor predominio en la región del istmo.

Por otra parte, el hecho de que la tierra mexicana se encoja y estreche sobre todo en el istmo, y que luego tienda a ensancharse de nuevo y a prolongarse con orientación distinta de la que en el resto de su desarrollo tiene: de Noroeste a Sureste, y al fin al Este, hasta el istmo, y de Suroeste a Noreste en el procurrente yucateco, hace que se pueda decir que cuando menos dos grandes partes la constituyen: la continental propiamente dicha, que es la primera; la peninsular del este, que es la segunda: la separación entre estos dos Méxicos: el del conjunto del país y el del Este, es en efecto bien claro. No es, sin embargo, ni radical ni abso-

El Libro de la América Latina

luta: el istmo junta a ambas porciones del territorio, a la par que otras razones también de acercamiento y de trabajo común existen entre ellas.

IV.—EL CONTRASTE MENOS REAL QUE APARENTE ENTRE LA REGIÓN PENINSULAR CALIFORNIANA Y LA CONTINENTAL DE MEXICO

A las tres regiones diversas de que acabamos de hablar tiene que agregarse desde luego una cuarta: la de la península de la Baja California; pero aún cuando esta, a primera vista se encuentra más separada, por el largo Golfo de California, de la región continental, su separación en realidad es mucho menor: participa en efecto de las condiciones generales de orientación y estructura del resto del país a la misma latitud que dicha península situada, y, dada su estructura idéntica a la de éste, se comprende desde luego que en realidad es el país mismo y que sólo un mero accidente geológico es lo que materialmente pudo aislarla.

V.—LAS GRANDES PARTES CONSTITUTIVAS DEL TERRITORIO MEXICANO Y SU UNIÓN ESTRUCTURAL

Visto en su conjunto el territorio mexicano puede decirse que dos grandes masas son las que lo forman: la mayor, encerrada entre cuatro líneas: una, de fuertes ondulaciones que, subiendo varias veces hacia el Norte, va desde Tijuana, en el Noroeste, sobre el Océano Pacífico, hasta Bagdad, en el Este, sobre el Golfo de México; otra, la segunda, que desde Bagdad baja, por medio de una larga curva, hasta Puerto México; la tercera, que, al través del istmo, rápidamente liga a Puerto México con el fondo de la Laguna Madre, en el Golfo de Tehuantepec, y la cuarta, que, primero, ondulando, va de Este Sureste a Oeste Noroeste, al Cabo Corrientes, y luego, ondulando también, sigue desde el Cabo Corrientes, por los bordes occidentales de la Baja California, encerrando dentro de su perímetro a la península del mismo nombre para volver a Tijuana.

A la gran masa de este modo circuns-

crita se une la masa menor que desde el istmo va desde luego hacia el Este, y enseguida hacia el Norte, en la península yucateca: si la primera de estas dos grandes masas, con mucho lo más importante, vagamente recuerda la figura de un triángulo, la segunda en realidad abraza, también vagamente, primero, la figura de un tronco de pirámide: de Oeste a Este, en Chiapas, y luego la de un paralelogramo, que, sobre uno de los vórtices del tronco de pirámide, se extendiera hacia el Noreste, en Yucatán.

Con esto puede verse que, sin considerar por de pronto nada más que la sola figura externa del territorio de la República Mexicana, habría que afirmar, dada su primera inspección, que carece de unidad física, y que propiamente está constituida por dos grandes partes distintas que le imprimen un sello de fuerte variedad, pero a poco que se examina con mayor detenimiento tiene que reconocerse que estas dos grandes masas están victorirosamente unidas gracias al istmo.

1.—LAS ENCONTRADAS ORIENTACIONES Y LA INTIMA UNIÓN DE LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL PAÍS

Examinando ahora más detenidamente la orientación general del territorio, se ratifican los conceptos que acabamos de expresar: en tanto que el litoral del país se dirige en casi todo su borde oriental, derecho, de Norte a Sur, sobre el Golfo de México, baja de Noroeste a Sureste en el borde occidental, oblicuamente, ante el Océano Pacífico, imprimiendo así una dirección general de Noroeste a Sureste a la mayor parte de las tierras mexicanas, pero enseguida se tuerce francamente de Oeste a Este, acercando así el borde del occidente al del Oriente, hasta casi tocarlos en el istmo, y luego se yergue, puede decirse que perpendicularmente, a la dirección anterior, para subir de Sur a Norte en el procurrente yucateco, de modo que tiene así cuando menos tres direcciones diametralmente encontradas y sin embargo intimamente unidas.

El Libro de la America Latina

2.—LA VARIEDAD Y LAS OPOSICIONES RECIPROCAS DE LOS RELIEVES

La misma variedad o mayor aún se advierte en los relieves: ¿qué de más distinto en efecto que la plana península yucateca, apenas elevada en el centro y el Sur de la misma por insignificantes planicies, si la comparamos con las fragosas y altas cañadas de Chiapas, con las erguidas y vastas mesas del tronco principal de la República, con las abruptas vertientes de la misma, con la quebradura del istmo, o con el largo y descarnado espinazo de la Baja California?

I.—LOS RELIEVES DEL TERRITORIO DE LA PENÍNSULA YUCATECA

Por vasta extensión la península yucateca, tanto en su parte Norte cuanto en la oriental y la occidental, se mantiene a treinta metros o menos sobre el nivel del mar; tierra adentro, generalmente no sube a más de 150 metros, lo mismo en los Estados de Campeche y Yucatán, que en el Territorio de Quintana Roo; y sólo en una pequeñísima extensión, comprendida desde el Sureste de Ticul hasta la laguna de Chichancanab, en el Sur del Estado de Yucatán y el Noroeste de Quintana Roo, llega a unos trescientos metros.

II.—LOS RELIEVES DEL TERRITORIO DE CHIAPAS

En cambio, en Chiapas, las tierras se yerguen rápidamente, desde la altura de más o menos 150 metros, que tienen en los confines con los de el Estado de Tabasco, al abrupto y largo islote de montañas, a más de 1800 metros sobre el nivel del mar, entre los que se asienta la pintoresca población de San Cristóbal, para bajar luego a la larga cañada del río Mezcalapa, en muchos puntos a unos 300 metros y volver a subir luego a la Sierra de Chiapas, que se extiende de Oeste Noroeste a Este Sureste, paralelamente a la costa del Océano Pacífico, formando un segundo, aún más grande islote, de montañas, cuya altura media

es de más de 1800 metros, y que en muchos puntos considerablemente los sobre pasa, como en el Cerro de Tres Picos, al Noreste de Tonalá, a 2401 metros; en el Volcán de Soconusco, sobre el paralelo de 16 grados de latitud a 2379 metros; en el Monte de Niquivil, a 2733; en el de Tronincaná a 2640; y sobre todo en el Volcán de Tacaná, en los confines con Guatemala, a 3990 metros, dicen unos autores, a 4260 aseguran otros. Desde esas alturas se desploman las sierras sobre el Océano Pacífico.

III.—EL CONTRASTE DE LOS RELIEVES DE TABASCO, CHIAPAS Y LAS REGIONES DEL ISTMO

El contraste que existe entre las húmedas tierras de aluvión que en la mayor parte del Estado de Tabasco se mantienen a menos de 30 metros de altura; que solo al Sur del paralelo 18 grados suben a 150 metros y que en algunos puntos están aún más abajo que el nivel del agua de los ríos; la diferencia entre esas tierras fecundas y empapadas de agua, las cañadas y las agrestes serranías de Chiapas y su rápida vertiente sobre el Pacífico, vuelven a ostentarse luego, en el istmo, en el que, mientras que al oriente se extienden ya los bajos de Tabasco, ya las serranías y las quebradas de Chiapas, corre el río Coatzacoalcos en el centro: de Sur a Norte, abajo, a menos de 30 metros de altura; por largo espacio, arriba, casi siempre a menos de 150 metros y apenas se eleva luego en el Cañón del Suchil y el Paso de Tarifa a poco más de 200 metros, para volverse de nuevo en tierras bajas, sobre el Golfo de Tehuantepec y el Océano Pacífico, en tanto que al Oeste y bruscamente se amontonan unas sobre otras, montañas encima de montañas, para constituir el nudo de los veinte cerros, el del Zempoaltepétl, a 3396 metros sobre el nivel del mar, y al mediodía del mismo, enfrente del valle del río de Tehuantepec, el mismo del Cimaltépec, a más de 2400 metros y el Cerro del León a 3139.

El Libro de la América Latina

IV.—LOS RELIEVES DEL TRONCO PRINCIPAL DEL TERRITORIO MEXICANO EN EL TERRITORIO DEL ESTADO DE GUERRERO

La diversidad de condiciones de relieve del país se ostenta más aún si se comparan en su conjunto las cuatro regiones que acabamos de bosquejar: la baja planicie yucateca; las tierras húmedas de Tabasco, los islotes montañosos y las cañadas de Chiapas, y la doble quebradura del istmo, con el tronco principal de las tierras mexicanas. Suben éstas rápidamente, lo mismo desde el Golfo de México que desde el Océano Pacífico, a altas serranías, cortadas, no obstante, por numerosísimos torrentes; pero, en tanto que el ascenso es, por decirlo así, firme y en cierto modo definitivo del lado del Golfo de México y del lado del Oeste de la República, no pasa lo mismo hacia el Sur, hacia el Estado de Guerrero: allí, en efecto, encumbrándose las montañas en arremolinada crestería escalan alturas que las elevan a más de 2400 metros, paralelamente a la costa del Pacífico; pero enseguida se descuelgan en el largo fondo del río de las Balsas, que en parte de su curso va apenas a 30 metros de altura sobre el nivel del mar; en otro trecho considerable a unos 150 metros, casi en el corazón del Estado de Guerrero a 300 metros y sólo más adentro del mismo a 600 y más metros.

V.—LAS GRANDES MONTAÑAS VOLCANICAS DEL PARALELO 19 GRADOS DE LATITUD NORTE

Desde estas alturas, relativamente pequeñas, las tierras suben sin embargo con formidable empuje, y dejando a sus pies el pintoresco y extenso valle del Balsas, tendido casi de oriente a occidente, llegan a la mayor serranía del país, a la que tiene su más alta cumbre en el Este, en el volcán extinto del Cerro de la Estrella, el Citlalpepetl, sobre los confines occidentales del Estado de Veracruz, a 5548 metros 88 centímetros, y se mantienen a 4099 metros y medio, en el Cerro del Matlalcuéyatl, o de la Malinche; a 5434 metros 45 centímetros en el alto Volcán

de la Mujer Blanca, del Ixtacihuatl; a 5452 metros 13 centímetros, en el Cerro que Humea, en el Popocatépetl; a 4562 metros 44 centímetros, en el Señor Desnudo o Nevado de Toluca; a 3748 en el Cerro de Patambán, en el Estado de Michoacán de Ocampo; a 3858 metros 60 centímetros, en el Pico de Tancítaro; a 3859 metros 50 centímetros, en el Volcán de Colima, y a 4296 metros 22 centímetros en el Nevado del mismo nombre, formando así una ancha, macisa y enorme «ceja» de montañas, casi todas más o menos sobre el paralelo 19 grados de latitud Norte.

VI.—LA REGION DE LA ALTIPLANICIE MEXICANA PROPIAMENTE DICHA

La altura media de esa «ceja» de montañas sobrepasa 2000 metros y en muchos puntos 2400: no baja bruscamente hacia el Norte: en general, desde allí hasta el paralelo de los 25 grados las tierras mexicanas se mantienen, por espacio de más de 6 grados de latitud, a alturas de unos 1800 metros, entre los que, sin embargo, serranías erguidas sobre la altiplanicie la subdividen en largas cuencas de altos ríos y en encumbrados valles; así se forma la tierra mexicana que dá su carácter propio e imprime su sello distintivo a todo el país; esta es la región de las altas mesas melancólicas del Anahuac, de cielo muy azul y de grandes, blancas y pintorescas nubes; por todas partes hay en ella panoramas de montañas que cierran el horizonte, sobre campos por lo común escuetos y sin bosques en los que predominan cultivos de maíz y de trigo.

VII.—LA PROLONGACION Y DIVERSIFICACION DE LOS CARACTERES DE LA ALTIPLANICIE EN LAS GRANDES MONTAÑAS DE DURANGO Y CHIHUAHUA

De los dos millones de kilómetros cuadrados que en cifras redondas tiene el territorio de la República, cerca de 500, sin duda, cerca de una carta parte de ella pertenece a esta alta zona. La misma se prolonga aún: pero ya no en forma de altiplanicie propiamente dicha

El Libro de la América Latina

sino de cordillera, hacia el Noroeste, al través del Oeste de los Estados de Durango y de Chihuahua y continúa con los grandes macisos montañosos de los Estados Unidos de América, dejando caer en espléndidas cañadas sus soberbias alturas, gradería bajo gradería, valle bajo valle, en el Estado de Sinaloa y de Sonora sobre el Golfo de California.

La altiplanicie y luego las montañas de Durango y de Chihuahua, las cañadas y los valles de Sinaloa y de Sonora forman un contraste físico completo, sea con las vertientes de las alturas mexicanas, sobre los mares límitrofes; sea con la depresión de la cuenca del Balsas y con las serranías de Guerrero; con la depresión y el estrangulamiento del istmo; con los islotes montañosos de Chiapas, las bajas llanuras de Tabasco, y la seca planicie yucateca y el esqueleto abrupto de la Baja California; pero la diversificación de aspectos del territorio mexicano no se reduce a esta rica variedad de ellos: al Norte de la altiplanicie otros caracteres específicos y singulares modifican el país.

VIII.—LA REGION DE «LOS BOLSONES»

Allí, en efecto, al Norte y Noreste de Durango, al Sur de Chihuahua, al Sureste de Coahuila, se extiende la rica y curiosa región de los *Bolsones*; así llamada, como por una pintoresca metáfora, porque en esta zona el vasto territorio, que gradualmente parecería que desde la altiplanicie mexicana hubiera de bajar poco a poco hasta la obliqua cuenca del río Bravo, en los límites con los Estados Unidos, no baja de ese modo, sino que se abolsa, en gigantes extensiones, en cuyo fondo corren ríos que terminan en lagunas o ciénegas sin salida, como las de Parras, Viesca y el Tlahualillo, con ardiente calor, sobre todo en el estío, y condiciones generales admirablemente adecuadas para el cultivo del algodón apenas a 900 o 1000 metros sobre el nivel del mar.

IX.—EL DECLIVE DE MEXICO HACIA LA PARTE AUSTRAL DE LA CUENCA DEL RIO BRAVO

El mismo aspecto de los *Bolsones*, en los que, salvo junto a los ríos y las ciénegas desaparece la vegetación, y donde las desnudas montañas, azotadas incesantemente por el polvo y las piedras que arrastran constantes vientos se demuelen sin cesar; la misma apariencia grandiosa y melancólica, más melancólica que la de la altiplanicie, porque es monótona, y porque las largas sequías parecen condenarlo todo a una esterilidad creciente, por más que en las regiones más bajas con la humedad se desarrolle oasis en corredor, en lo hondo de las cañadas, o en curva, en torno de las lagunas, predomina oblicuamente sobre la faja de tierra más alta que van, de Sureste a Noroeste, por la Sierra de la Paila y la Sierra Mojada, en el Sur y el Norte de Coahuila, al Llano de los Gigantes y el Llano de los Cristianos, al Oriente de Chihuahua. La altura media es allí de 1200 a poco más de 1500 metros; pero aún allí se ahueca en bolsones: allí está el enorme de Mapimí, con lagunas pequeñas como la del Coyote, en su centro; la de Chicuaz en la vaga zona donde el Llano de los Gigantes y el de los Cristianos se juntan, la de Jafo, en pleno Llano de los Gigantes, y la de Santa María y Agua Verde, declive abajo, en las onduladas terrazas que poco a poco, desde los bordes de los *Bolsones*, descienden con las alturas finales de la Sierra del Carmen y de la Sierra del Burro, cuya elevación media apenas llega de 600 a 900 metros, al Norte de Coahuila, en la amplia región en la que, como si lo empujaran esas mismas sierras sobre el territorio de los Estados Unidos de América, el Río Bravo traza una curva abierta hacia el Sur, para seguir bajando después, de Noroeste a Sureste, hasta tributar sus aguas en el Golfo de México.

4.—LAS OPOSICIONES Y CONTRASTES DE LOS GRUPOS HUMANOS QUE PUEBLAN EL TERRITORIO

El Libro de la América Latina

¿Qué tiene de extraño que un país tan heterogéneo en su estructura física, con tantos y tan admirables contrastes, haya tenido constantes dificultades para realizar un progreso tranquilo, y para asegurar su marcha sin sacudimientos hacia lo futuro?

¿Las oposiciones violentas de sus regiones físicas no debían causar separaciones violentas también, incomprendiciones dolorosas, agudas rivalidades entre sus habitantes? ¿No era natural que por largo tiempo se ignoraran unos a otros, se desconocieran, se enemistarán, por no entenderse y por suponerse adversos, aún cuando no lo fueran?

Dialectos distintos de las mismas lenguas indígenas tenían que producirse entre hombres que largamente estuvieron separados; y con esto, recelos, desconfianzas, malas voluntades.

5.—LA UNIDAD DE ESTRUCTURA FÍSICA DEL PAÍS, NO OBSTANTE SUS CONTRASTES Y DIVERGENCIAS

Una es, sin embargo, una sola la tierra mexicana: las antagónicas dimensiones y las orientaciones opuestas de sus diversas partes constitutivas están ligadas de un modo armónico; sus montañas no son infranqueables: hay entre ellas innumerables gargantas y pasos; unas con otras se ligan por graderías y por terrazas; los llanos suben suavemente a las mesetas; las mesetas se combinan unas con otras, sin confundirse; cada cual guarda su individualidad inalienable y se articula, no obstante, con las otras; la altiplanicie, apesar de la diversidad de sus valles, de sus cañadas, de sus cumbres, aparece como una sola unidad geográfica, como una sola estupenda montaña, hecha de muchas otras, gigantescas, aglomeradas, separadas por depresiones, por honduras, por valles; y se liga a la distancia, armónicamente, con las vertientes exteriores, con los Bolsones, con el declive del Norte, con las depresiones del istmo, con los islotes montañosos de Chiapas, las húmedas tierras de aluvión de Tabasco, y las planicies calcáreas de Yucatán.

6.—LA VICTORIOSA UNIDAD DE LOS HABITANTES NO OBSTANTE SUS LUCHAS Y SUS CARÁCTERES OPUESTOS

Esta unidad estructural, no obstante la diversidad orgánica, tiene su contrapartida en la unidad victoriosa de la población y en la de su historia: razas diversas, millares de años ignoradas unos por otras; estas aquende, aquellas allende el Atlántico; lenguas diferentes sin afinidad de desarrollo o de origen; europeas unas, americanas las otras; credos distintos, potentes, vivaces y antagónicos; civilizaciones en apariencia irreducibles, fuertes unas y otras; la española, en parte árabe; en parte goda; en parte, greca o latina; en parte, judía, frente a frente de la maya, de la tolteca, sui géneris, y tan poderosas que aún hoy sus maltrechos despojos ponen pasmo.

¿Hay motivo de sorpresa si no se ha hecho desde luego la unidad plena? ¿Hay que maravillarse si la marcha de México hacia lo que vendrá, se entre-corta en su historia con fulgurantes rayos de tragedia?

7.—EL DESTINO DE MÉXICO ASEGURADO GRACIAS A LA VOLUNTAD PREDOMINANTE DE UNIÓN DE LOS MEXICANOS

Lo sorprendente es que, a pesar de todo, el país existe: existe, sí: con una conciencia cada vez más potente de su unidad y de su destino, con una historia que, no obstante sus convulsiones y en parte a causa de ellas, lo va ligando, le va dando una vida gloriosa o terrible; por momentos inquietante con episodios que a veces paralizan de terror el ánimo; pero que no son jamás indiferentes, y que parecen tenderse todos a un fin único, a la creación de un porvenir que será fuerte y hermoso, porque es hermosa y fuerte, a pesar de todo, la voluntad tenaz que, al través de la sangre y los duelos, sostenida por una fe y una esperanza centrales, lo va formando, y lo ha hecho y lo hará indestructible.

(f) EZEQUIEL A. CHAVEZ.
México, 17 de Febrero de 1922.